

UN MAESTRO PARA NUESTRO TIEMPO: ENTRE LA MEMORIA Y EL FUTURO QUE NOS DESAFÍA

J. M. ESCUDERO MUÑOZ

Agradezco sinceramente vuestra invitación. Como os imagináis, no puedo empezar de otro modo que expresando un hondo pesar por un homenaje como éste que tenía que haber ocurrido mucho más tarde. Los actos de estos días son tan sentidos por todos nosotros y tan delicadamente preparados como, para nuestro «compañero del alma, tan temprano».

No me ha sido fácil preparar y escribir estas palabras. Ni siquiera con la cabeza. Menos, todavía, con otros registros donde aún todavía los recuerdos más cercanos están frescos y otros, más lejanos, siguen tan vivos que parecería que todavía están a mano.

Sólo me atreveré, pues, a «levantar», no una «tormenta de piedras, rayos y hachas estridentes», sino tan sólo unas cuantas palabras. Así terminaba su famosa elegía el poeta de Orihuela, Miguel Hernández:

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

Me han servido para buscar el tono y el contenido de, por así decirlo, esta conferencia. Con un propósito fundamental: seguir sosteniendo unas palabras, otra conversación entre tantas. Con vosotros que estáis aquí presentes, con él, compañero del alma, sólo físicamente ausente, que no de otro modo.

Y nada mejor para hablar y conversar que el maestro, el oficio de enseñar. No sólo por esta festividad anual de nuestras Facultades de Educación, sino porque, hoy como ayer, ese oficio, lo que es y cómo se desenvuelva, en lo que debería ser y en lo que hagamos para que sea, nos jugamos el destino de nuestra sociedad, la condición de personas y ciudadanos de los miembros que la habitamos, la posibilidad o no de hacer de este planeta, que ahora decimos globalizado, un

mundo donde resida la buena vida en común, más digna y saludable, más humana y más justa para todos que la que hemos logrado construir hasta la fecha.

Chari ha tenido la amabilidad de hacerme llegar unos cuantos folios de José Luis. Su título es, precisamente, *El oficio de enseñar*. Aunque, todavía con apuntes en los márgenes y a pie de páginas, José Luis fue desgranando en ellos ideas y sentimientos, ironía, polémica y tomas de posición sobre un oficio, el de maestro. Con la sutileza tan propia de su largo currículum de escritor, se había propuesto realizar algo así como una arqueología de ese oficio, desde los tiempos más remotos hasta los más cercanos. Con una de sus analogías ingeniosas, empieza por situar el primer ejercicio de enseñanza en las palabras que la serpiente, en el paraíso, sostuvo con la mujer, Eva. A lo largo de un buen número de folios, sondea la presencia del maestro en la literatura más variada, en legislaciones de los últimos dos siglos y sus reformas, siempre empeñadas en decir, pensar y gobernar el alma y el cuerpo del maestro. También va recorriendo variadas fuentes documentales de pedagogos u otros protagonistas de renombre, siempre prestos a cumplir, en cada momento a su modo, con o sin excesos verbales, la función de teloneros de las reformas, la de intérpretes o avales de las mismas. Frecuentemente, más allá incluso de lo que la misma legislación se había atrevido a decretar y proponer.

Como tanto gustó José Luis de la lectura y tan queridos le fueron distintos géneros literarios para referirse a la enseñanza, a modo de sabio cicerone, nos invita a realizar un viaje sugerente por escritos de don Miguel de Unamuno, Castelao, Guareschi, Josefina Aldecoa, Forges o Quino. Paso a paso, va pasando revista de la consideración del maestro en la Ley de Educación Primaria de 1945, la LGE de 1970 y la LOGSE de 1990. Al transcribir y comentar textos recuperados del tiempo, dirige la mirada hacia temas de ayer que, ahora mismo, siguen siendo oportunos y pertinentes.

Así, por ofrecer tan sólo una pequeña muestra, del Tratado de Cocotología de Unamuno toma su escepticismo acerca del estatuto científico de la pedagogía (me ha hecho volver a mi condición de alumno de entonces, a los años de la Ponti, cuando ya insistía en ello y cuya importancia yo no lograba calibrar plenamente). De Castelao y Josefina Aldecoa, en *Sempre en Galiza e Historia de una maestra* respectivamente, recoge bellas anécdotas que le llevan a subrayar la distancia y el choque, la confrontación llega a escribir, entre la cultura de la escuela y el maestro y la del entorno rural o suburbial de las familias, el entorno y los mismos alumnos.

A este respecto, haciendo gala de su afán por tratar lo pedagógico con rigor, pero sin caer en el academicismo rancio y abstracto, recoge un breve diálogo entre un padre y un maestro, tal como apareció en un librito de Manuel de Palacio, allá por el treinta y uno, titulado *El labrador y el maestro*. Así discurre el relato y la conversación entre ambos:

Al colegio de la villa
 Llevó su hijo el labrador,
 Diciendo: —Vengo con éste
 Para que le dé instrucción.
 —¿Sabe leer? —Ni una letra.
 —¿Escribir su nombre? —No.
 —Entonces, amigo mío,
 Como el trabajo es atroz,
 Me dará usted doce duros.
 Por todo. —¡Ca!, no los doy.
 En igual precio me venden
 Un burro. —Pues es mejor
 Que compre usted ese burro,
 Y con éste tendrá dos.

Cuando, luego, metido ya en la harina de las reformas, José Luis repasa el nacional catolicismo de la posguerra y la Ley de Educación Primaria de 1945, la LGE, 1970, la LODE de 1985 y la LOGSE de 1990, como en una pantalla, nos va proyectando el modelo de maestro pensado y, sobre todo, ampulosamente ensalzado. Con cordura, pero sin miramientos políticamente correctos, resalta de la primera de esas leyes, más con ironía que con acritud, su mitificación y mistificación de la figura del maestro. Se le dibujó, tal como va documentando, con tales excesos verbales, cualidades y virtudes cristianas que, si ahora quisiéramos traerlo a cuenta, tendríamos que diseñar los nuevos planes de estudio, no dentro del marco del EEES, sino bajo los auspicios de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, completarlos, a su vez, con las cuatro cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

No sólo se requería un maestro dechado de atributos psico-teológicos, inspirados en el P. Manjón, sino muestras inquebrantables y fuera de toda sospecha social y política. Como entonces se requería, la buena conducta debía ser acreditada por el alcalde y el cura del lugar.

Su análisis propone desmitificar el oficio de enseñar tal como entonces se ideó con ardor, al mismo tiempo que se le mantuvo mal tratado en sus condiciones de trabajo, preparación, salario y hasta vivienda. Y, también, trata de des-mistificarlo. ¿Por qué, se pregunta, hay que exigirle a este oficio adhesiones de moralina subjetiva y acorde con el régimen de turno, si a otros profesionales tan sólo se les requiere una cualificación solvente para el desempeño propio de sus cometidos y actividades?

La reforma de los setenta, a pesar de su contexto social y político de surgimiento y sus todavía compromisos ideológicos con el régimen, coincidió, según los análisis otra vez agudos de José Luis, con un momento de retirada del lenguaje idealizado sobre el maestro ideal. De ese modo circuló por los territorios de la descripción y explicación de lo que decía y hacía en sus clases al trabajar con los estudiantes. No tanto, ya, por soflamas encendidas sobre la vocación y la ejemplaridad. Por algo,

como se recordará, algunos la tildaron de tecnocrática, pues querían abrirse paso otros tiempos.

Para ilustrarlo con algunos ejemplos, recuerda los famosos análisis de la interacción didáctica, primero, y, algo después, el estudio de los pensamientos y decisiones docentes en los contextos sociales y personales de ejercicio del oficio. Fue un intento, viene a decir, de alejarse de la mitificación y mistificación precedente. Un empeño por pasar del discurso moralista, al objetivo, de una perspectiva «eticista» y algodónosa a otra, bastante más modesta y limitada, como la explicación.

En la LOGSE de los noventa, tras constatar que la anterior LODE había dejado prácticamente de lado la figura del maestro, advierte una curiosa paradoja: al referirse al maestro o profesor, fue más cauta y mesurada la legislación que la fuga hacia delante y hacia arriba por parte de unos y otros intérpretes y propagadores de la misma. Selecciona un artículo a modo de ejemplo, aparecido por los primeros años de los noventa en una revista profesional. En él se traza el perfil del profesor para finales del siglo XX, reclamando una lista de cualidades como las siguientes:

- *Que sepa enriquecer en los alumnos sus capacidades de análisis y comprensión.*
- *Que logre crearles los necesarios conflictos cognitivos, como herramientas que les reportarán conceptos llenos de significados e interés.*
- *Que consiga hacerlos críticos y creadores.*
- *Que provoque en ellos el estímulo ilusionado de cada día.*
- *Que improvise estrategias nuevas y sea más evaluador que examinador.*
- *Que intente, aunque le cueste, observar al alumno.*
- *Que analice diariamente el acto educativo para extraer conclusiones.*
- *Que sea capaz de planificar y rectificar cuando sea preciso, pues estamos seguros de que no se le caerán los anillos.*
- *Que sepa verdaderamente trabajar en equipo y no sólo en apariencia.*
- *Que consiga adentrarse en ocasiones dentro del currículo oculto de su clase, para que tenga ocasión de constatar que su propio currículo no es todo lo bueno que sería de desear.*

Con comentarios entre directos y sarcásticos, no sobre mistificaciones ahora, pero sí alertando de la fácil seducción a mitificar el oficio, vuelve a insistir en que una cosa es la prédica y otra, más infrecuente, ponerse a dar trigo. O, mejor dicho, crear los caldos de cultivo fructíferos para que la semilla se hunda en la tierra, nazca y dé buenos frutos.

Su análisis de la historia más reciente, de sus palabras expertas y autorizadas sobre ese oficio de la palabra por excelencia, quedó paralizado en esos años. Lamentablemente, se le escapó el tiempo para hacer algo similar con la LOCE (2002), con sus portavoces y sus propios lenguajes de diversos tonos y colores, que también los tuvo. Tampoco pudo asistir a estos prolegómenos tan turbulentos que, ya antes de nacer la todavía incierta LOE, están, curiosamente, escribiéndose desde

la calle, los periódicos, las tertulias de radio o televisivas. Con sus eslóganes, medias verdades, nuevos actores y tertulianos (o quizás no tan nuevos), empeñados en mantener abiertas heridas históricas que debieran haberse curado hace tiempo, en jalearse poco más que lugares comunes, aunque, eso sí, repletos de razones no siempre razonables.

Por lo que dicen y reclaman, dónde hablan y cómo, quiénes se presentan como voces expertas y sabelotodo, parece como si estos acontecimientos quisieran alertarnos de que, como dicen los postmodernos, la historia discurre en planos sinuosos, con desniveles. No sobre un escenario con un solo sentido, forzosamente tensado hacia delante, o hacia un cambio lineal que garantice que progreso llegue a ser bueno por sí mismo. Parece, más bien, un campo de fuerzas en pugna sobre destinos divergentes y contenidos encontrados, con demandas e intereses de fuerza desigual en juego. ¡Qué raros, compañero del alma, son estos tiempos postmodernos! ¡Que sorpresas, todavía, no nos tendrán reservadas!

Aunque tus folios escritos quedaron sólo en esbozo, inacabados por el carrusel de la vida que te arrojó fuera, nadie, como tú, podrá completarlos. Tan sólo nos queda comentarlos, seguir conversando, procurar tomar buena nota de lo que decías y, acaso con cierto atrevimiento, echar mano de la exégesis para interpretarlos. Admiro tu acierto para hacerlo partiendo del ayer. Sin ningún género de ira, pero sin renunciar al recuerdo para no caer en el olvido. Para, también con ello, comprender mejor el presente, así como nuestros afanes por imaginar y construir el futuro que debemos.

Siempre me gustó tu sutileza para extraer de la materia aparentemente inerte y caduca destellos estimulantes, alguna luz capaz de iluminar zonas en penumbra. En algunas de las palabras recientes y actuales sobre el maestro y la educación, te atreves a apreciar, si no una vuelta a contenidos y formas del nacional catolicismo (así lo dices sin rodeos), sí un plano de discursos, de temas y problemas que nos invitas a no pasar por alto. En una dirección, tendemos a caer en excesos verbales sobre el maestro, asignándole y esperando de él atributos y capacidades tan excelsas como imprecisas, tan ambiciosas en la retórica como inconsecuentes en el trato social, intelectual y moral que la sociedad y la administración, las familias y los estudiantes le solemos dedicar. En otra, el eterno retorno de quienes siguen sintiendo zozobra porque se pudiera poner en cuestión que la escuela y el maestro, bajo la sospechosa tarea de formar ciudadanos, pudiera desentenderse de la misión –qué comentarios más brillantes escribes sobre esta palabra– de formar cristianos. Por ninguna dirección de éstas, tal como alcanzo a leerte, supones que quedará bien parado el oficio del maestro. Porque, en la primera de ellas, nos ofuscamos con retóricas y esquemas tan ideales de pensamiento que llegamos a perder el contacto con las realidades cotidianas. En la segunda, porque siendo absolutamente defendibles y respetables las creencias religiosas y las opciones personales de vida, malparada quedará la escuela y el magisterio si, además de sus arduos cometidos y desafíos propios y comunes a los que no le resulta nada fácil de responder, tiene que hacerse cargo de tantos sistemas de conciencia y de creencia como diversas

sean las personales, los nuevos invitados y colectivos, sobre todo los forzosos, que se están instalando, quizás peor que bien, entre nosotros, con sus formas de vida, sus identidades, como tanto se dice ahora, su pensamiento. Seguramente, a la escuela de todos y para todos, y al oficio del maestro, lo que mejor podemos encargarle es que nos ayude a desarrollar todo aquello que sea preciso para reforzar nuestros lazos de convivencia, respetando al mismo tiempo, e incluso celebrando, las diferencias legítimas que enriquezcan la vida en común, la de todos, iguales y diferentes.

De no haberte encontrado aquí, compañero del alma, como ahora te encuentro, sin ninguna duda habríamos conversado de estos acontecimientos. Además, desde luego, de las últimas lecturas no precisamente pedagógicas que habíamos o estábamos disfrutando. Con nuestros puntos de vista propios, que siempre apreciamos mutuamente, hubiéramos coincidido, no lo dudo en absoluto, en casi todo y todavía más en lo fundamental.

Qué acierto has tenido, compañero, al invitarnos a conservar viva y lúcida la memoria. Es verdad. Para bien comprender el presente, nada mejor que resistir a la desmemoria que nos acecha. La que nos trae estos tiempos tan fugaces, o aquella en la que fácilmente caemos, seducidos por la novedad de lo último, la urgencia de lo inmediato y el presente sin perspectiva, con barullo, con soflamas, sin análisis rigurosos y precisos sobre lo que le acaeció a nuestra educación ayer, sobre lo que le sigue ocurriendo hoy, lo que va mucho mejor que antaño y sobre todo lo que aún nos queda por mejorar.

De tu singular excursión por la idea del maestro, me han llamado poderosamente la atención dos temas de fondo. Una y otra vez vas y vienes sobre ellos: de un lado, el choque de la cultura escolar y del maestro con la cultura de la calle; de otro, el desequilibrio perenne entre los excesos verbales y algodonosos que pintan perfiles ideales de la docencia y las miradas más descriptivas y explicativas, más teñidas, por así decirlo, de realismo. Creo, José Luis, que pusiste el dedo en dos llagas que tenemos abiertas y que, por cierto, ahora no tenemos nada clara qué y cómo podríamos hacer para curarlas. Las que le duelen a nuestra educación. Ambas recalcan sobre el oficio de enseñar. Y, en ambos casos, según y cómo seamos capaces de atenderlas, podremos esperar más o menos avances o retrocesos en la formación de nuestros niños y jóvenes, de nuestros ciudadanos y sociedad del mañana.

Ahora, compañero del alma y queridos amigos y amigas, ese choque de cultura de principios del siglo pasado que tú tan bien ilustraste, ya no pone en la balanza, por fortuna, la compra de un burro o el pago de la instrucción. Lamentablemente, el burro es una especie casi en extinción y la enseñanza, menos mal, no le exige, ni siquiera al labrador, doce duros por prestación.

Pero, qué tiempos éstos, José Luis. Hay señales ahora que nos hacen dudar hasta de las palabras que podamos escoger para entender de las distancias entre la escuela y la vida. Entre tantas vidas de interlocutores tan diversos como son nuestros niños y jóvenes con quienes la escuela y el magisterio tienen que seguir conversando, preparándolos para que sepan escuchar y leer, hablar y escribir, conversar.

Los tiempos en que vivimos, sin pedirle permiso a nadie, han cambiado seriamente las reglas y las condiciones donde discurre la educación, los «actos didácticos» de los que tanto gustabas hablar. Nos hacen titubear de si aquello que pensamos y dijimos hace algunos años, todavía, hoy, sirve para algo. No digamos para el mañana incierto. El oficio de enseñar está convulso. Se han alterado los motivos y las aspiraciones de quienes, primero, lo eligen y, después, tienen la posibilidad de dedicarse al mismo, tras superar vericuetos de entrada en la profesión que no son precisamente fáciles ni, seguramente, del todo racionales y congruentes. ¡Qué ironía viertes al referirte a las pruebas de selección para la entrada en esta profesión!

La carrera docente de ahora no hunde su desencanto y desesperación en tan penosas condiciones materiales como las que antaño hicieron bueno el lamentable adagio popular de «pasas más hambre que un maestro de escuela». Está seriamente socavada, más bien, porque muchos hombres y mujeres que la ejercen se sienten impotentes y desarmados para conectar provechosamente con las nuevas generaciones de nuestros niños y niñas, de nuestros púberes y adolescentes.

Es cierto lo que dices: siempre ha existido una especie de confrontación entre la presunta cultura universal y selecta de la escuela y la cultura del medio de los y las estudiantes. Aún más, de aquella donde nacen y se desenvuelven los más marginales y desfavorecidos.

Ahora, esa confrontación se ha profundizado y extendido. Precisamente cuando, como nunca, se ha logrado que los más jóvenes, todos prácticamente y sin ningún género de exclusión, cuenten con un lugar para ellos en nuestras instituciones escolares desde la más temprana edad y hasta, en realidad, la edad adulta. Muchos de nuestros maestros, sin embargo, sienten rasgadas sus vestiduras. No saben muy bien qué hacer y cómo para introducir a sus estudiantes en los arcanos del conocimiento, de la cultura a la que quieren servir y de la cual hacerles partícipes. Altos contingentes de alumnos, y quizás no sólo por la pobreza material de su medio, sino también por la trivialización y pobreza espiritual que nos aqueja, no se sienten invitados, no conectan y desenganchan, no llegan a apreciarla. Sienten que no va con ellos y se marginan. Acaso, la escuela, por su parte, ha perdido la esperanza de acogerlos, termina por marginarlos y desentenderse de ellos.

Por no pocos docentes, el oficio de enseñar se está viviendo desde el desasosiego. Denuncian que no cuentan con el clima de atención, respeto y consideración que, desde luego, es imprescindible para que sus relaciones sociales, personales y pedagógicas con los estudiantes, las familias y el entorno sean las idóneas para que sus alumnos y alumnas aprendan lo que es preciso, para que ellos mismos se sientan satisfechos y realizados en su oficio. Cuando han transcurrido algunas décadas en lo que ha dado en llamarse la carrera docente, más de uno empieza a contar los años que les faltan para jubilarse. Es otro síntoma más de que no logran vivir el oficio con serenidad, como un espacio idóneo para su desarrollo profesional y personal.

Alguna vez hablamos de una película francesa reciente que, si no recuerdo mal, creo que no tuviste la ocasión de ver: *Hoy empieza todo*. Sin duda que te habría encantado. Mira cómo se pronuncia una maestra, ya entrada en años y cerca de jubilarse, de la escuela de barrio que nos pone en pantalla Tavernier:

Hace 20 años teníamos 45 alumnos... y no nos quejábamos... 45 alumnos ¡eh!

Pero entonces no había indisciplina. Los críos llegaban siempre puntuales, iban limpios... y, sin embargo, no es que no hubiera pobreza.

Ahora todo ha cambiado... tengo 30 y me superan... Además de llegar tarde... también vienen sucios.

Los padres, ¿sabes? suelen vivir situaciones desesperadas... Son pocos los que tienen trabajo... y sus hijos ya no saben lo que es un oficio.

Y luego... sobre todo... parece que sólo me tengan a mí para hablar.

¿Esperanzas? ¡hum!... yo no espero que vayan a aprobar el bachillerato... ni que cursen estudios superiores. No, eso no lo espero... Sólo quiero darles un poco de afecto... porque les tengo muchísimo cariño. En fin... es toda la esperanza que me queda.

¡Si pudiera enseñarles a los chicos (ahora que no los tengo a mi lado)... el estado en que se encuentran...! ¡Son tan pequeños...! ¡Tan frágiles!

Las madres ya no se ocupan de sus hijos como antes. No pueden más... Es como si quisieran librarse de ellos. ¡Tienen 40 de fiebre y los mandan al colegio...!, mientras ellas se pasan el día viendo la tele. Y por las noches... sus hijos también, para estar tranquilas ¡incluso cenando...!

¿Y el resultado? ¡Hay que enseñarlo todo, incluso a decir buenos días!

Y no sólo eso... Hay algunos que ni siquiera saben que hay personas con las que pueden hablar. Para ellos las palabras sirven para decir: ¡Tengo hambre. Tengo frío. Tengo sed. Es la supervivencia!

Por otra parte, muchos de los que van llegando a la profesión dicen, desconcertados, que ni se les había ocurrido imaginar que las cosas estaban de este modo, que nadie les advirtió y preparó para hacer algo más que sobrevivir a tientas. Otros, por fortuna, sacan fuerzas de flaquezas, suplen con imaginación y entereza la falta de condiciones y de aperos para desempeñar su oficio y no dejarse abrumar por una desesperanza que no sólo sería mala para sus alumnos, sino también para ellos.

Los que además de enseñar lo que nos toca, nos ocupamos, como dices, de palabrear sobre el maestro, solemos ponerle etiquetas a todo. Algunas de las últimas que hemos inventado son: malestar docente, queme, crisis de identidad u otras con tonos y contenidos parecidos.

El desasosiego, la desafección y la baja moral de sectores amplios del profesorado se nos ha colado hasta en las palabras, los análisis y discursos. Cunde el vacío de horizontes y el escepticismo, por contagio, respecto a cualquier alternativa. Así, en lugar de atrevernos a formular propuestas realistas y pertinentes en ambiciones, como bien aconsejas, ahora no acertamos a resistir la tentación de levantar acta de los acontecimientos, y poco más. En ocasiones, seleccionando los más sombríos, los oscuros, olvidando que también, sobre el denso y variado paisaje, hay algunos claros.

Sea como fuere, es certero tu dedo cuando apunta hacia las fracturas que persisten entre lo que se enseña en la escuela y el saber de los maestros, lo que seguimos haciendo en ellas, las experiencias y relaciones que propicia y lo que nuestros niños y jóvenes aprenden ahora de otras muchas fuentes de vida y de conocimiento, lo que anhelan, lo que más les seduce y más poder tiene de modelar sus horizontes de vida y aspiraciones. A pesar de tanto tiempo pasado y esfuerzos, sigue a nuestro lado, como un aguijón, la conciencia de que de esa confrontación entre el mundo de la escuela y el estudio y el mundo de la calle, quienes siguen saliendo peor parados son los de siempre; los más desheredados de la vida y de las oportunidades de lograr lo que la escuela desde antaño les prometió: cultura, formación, una segunda naturaleza que contraviniera la fatalidad de sus lugares de nacimiento, las bajas aspiraciones y valoraciones de la escuela en sus familias, barrios de desechos o sus mundos de fantasía, poblados ahora por nuevos ídolos. Su desenganche de la escuela y quizás también la desconexión de la misma escuela con ellos, comporta serios riesgos de que las viejas y nuevas formas de pobreza material y cultural no lleguen a ser compensadas en su paso por la enseñanza, sino reproducidas y ligadas a su posterior exclusión y marginación social, cultural, política y económica.

Creo que estás en lo cierto, José Luis, al decirnos que ese estado de cosas no se remedia hablando con desmesura del oficio de enseñar, con altisonancia y demagogia. Nunca, como ahora, tenemos que ser más precisos que lo que hemos sido, menos ampulosos, más parcos en retóricas, pero certeros al apuntar hacia dónde dirigir nuestros pasos y cómo hacer el camino que es necesario. Y es que no podemos esconder la cabeza bajo el ala. No, ni dejar en el olvido lo que ahora y siempre la escuela y el magisterio quisieron ser, soñaron: una oportunidad y un oficio destinado a que nuestras personitas más pequeñas vayan modelando bien cabezas inteligentes y corazones con buenos sentimientos.

Para eso, que es tan comprensible y sencillo de afirmar como complicado de llevar a cabo, nada mejor que un buen maestro. No como un *superman* (le dedicas a ese epíteto unas páginas enjundiosas). Pero sí como una tarea de hondo valor y calado social y humano para seguir mirando a ideales humanos y colectivos todavía por realizar. Para ello, desde luego, ha de contar con el respaldo de otros muchos actores y responsables de los niños y jóvenes que queremos educar. De acuerdo, pues, José Luis, ni Superman –es un personaje de celuloide– ni Hércules titánico, pues, como el mito nos dijo, es un héroe encadenado.

A pesar de todo, al oficio de enseñar no se le hizo ningún favor cuando se le mantuvo en la dejación social y en condiciones de vida, de trabajo y de preparación intelectual penosa. En estos tiempos, que son tan apasionantes como extraños, tampoco obtendrá algún beneficio justo si nos refugiamos más de lo debido en la complaciente cultura del lamento.

Podemos entrar, entonces, en el segundo de los temas que planteas, a saber, desde dónde tenemos que procurar hablar lo justo, ni más ni menos, del maestro, de lo que hace y piensa, y también de lo que es o, mejor dicho, puede y, seguramente, debiera irse haciendo.

Si te he entendido bien, compañero, lo que propones es que prestemos una atención esmerada a lo que el maestro es, a lo que hace, dice y piensa antes, durante o después de sus actuaciones y relaciones pedagógicas con los estudiantes. O sea, que no despeguemos ingenuamente los pies del terreno que pisamos, que, a partir de esos cimientos, procuremos, con solidez, construir hacia arriba y para delante. Para esa tarea que nos propones, hay que echar mano de la razón. Una razón que arroje luces sobre realidades y que, dentro de lo posible, abra ventanas que nos expliquen cómo discurren y por qué las cosas entre el maestro y los estudiantes.

Una razón que, cuando intente dar cuenta de la objetividad de los datos y tope con sus limitaciones para entender lo complejo, pida ayuda a la comprensión de los significados sutiles que los fenómenos aparentes adquieren en el mundo de las representaciones y valores de los sujetos, de las instituciones y la pluralidad de contextos educativos. Una razón, además, que no se piense solitaria ni ajena a los sentimientos y pasiones. Tampoco vacía de los compromisos éticos que se requieren para calibrar como es preciso la cultura escolar que hemos de proveer, la formación de las personas, ciudadanos y ciudadanas que debemos contribuir a crear desde la escuela y el magisterio, aunque fuere con mucha modestia y bastantes limitaciones.

Cómo me hubiera gustado saborear contigo un texto como el que quiero leer. No es de un pedagogo o pedagoga (lo que, desde luego, no estaría nada mal), sino de una mujer también citada por ti, la autora de *Historia de una maestra*, Josefina Aldecoa. Dice así:

En todos sus grados, el de maestro es un oficio complejo y delicado. Porque, desde luego, se trata de un oficio. La profesión es un ejercicio. El oficio es una pasión. Y no hay un oficio más digno de ser amado que aquel cuyo núcleo central es la entrega al ser humano.

Ser maestro es una actitud ante la vida. Ser maestro es creer en el hombre como persona y estar dispuesto a ayudar a los más jóvenes en la difícil tarea de hacerse adultos. Por lo tanto, la principal cualidad que necesita el maestro es la generosidad. Exige una disponibilidad sin límites. En todos los casos en que el hombre o la mujer se encuentra por primera vez ante un grupo de niños o adolescentes que le miran curiosos, sonrientes u hostiles, sabe que tiene que convertirlos en personas.

Un principio muy claro es que hay que ayudar al niño a crecer, a desarrollarse y a madurar por dentro de acuerdo con sus capacidades. No se trata de someterlo a un modelo previsto, rígido y aburrido, sino de estimular constantemente sus recursos personales. Hay que enseñarles a pensar, a razonar por sí mismos, a investigar el mundo que lo rodea, a interpretar lo que observa.

Se trata de transmitirles de viva voz, de forma activa y participativa y con ayuda de los libros, el mundo inagotable del conocimiento. Y, a la vez, algo muy importante que se deriva del contacto con la cultura: el sentimiento de solidaridad con el resto de los seres humanos, la tolerancia, el respeto, el concepto de lo que es justo o injusto.

Hoy más que nunca, el hombre tecnificado, sometido a presiones de todo tipo (el éxito, la exigencia extrema) necesita tener acceso a la cultura. El acercamiento a la música, la literatura, las artes plásticas, la filosofía, puede transmitirle mensajes que alivien la congoja sin nombre que atenaza al hombre contemporáneo. Por eso creo que la educación necesita desarrollar en el niño y el joven, más que nunca, la conciencia de su propio yo y de su destino como ser humano, que ha de regirse por normas eternas de convivencia con otros seres humanos.

(Josefina Aldecoa, *Ser maestro*. CP, 2003: 326).

Seguro que te gustan estas palabras sobre el oficio de enseñar, de maestro. Son, tal vez, y dicho sea sólo de paso, una sutil invitación a todos los que nos dedicamos a investigar y escribir sobre el maestro para que seamos más humildes, menos rebuscados, más decididos al tiempo. Sin otro tipo de artilugios, un buen sentido común, una mente lúcida, el buen uso del lenguaje y un sentimiento consciente del alto valor de lo que los maestros tenemos entre las manos, parecen más que suficientes, como demuestra su autora, no sólo para escribir bellas ideas sobre el maestro, sino también sustanciosas.

Es manifiesto que su imagen de este oficio (que para ella es más que una profesión) incorpora ingredientes que son difíciles de aprehender. No por ello, sin embargo, son irrelevantes o superfluos.

Me llama la atención su idea de atribuir al magisterio esas cualidades que cita: el altruismo, la entrega al ser humano, una determinada actitud ante la vida, creencia en el ser humano y generosidad con su expansión y crecimiento. Tanto de su cabeza como también de su condición de persona, de su relación consigo mismo y con los demás.

Al hablar del maestro, tenemos que atender tu consejo de moderar los excesos verbales. Pero no debemos achicar tampoco, como sugieres, ni la mirada ni los propósitos. La mirada tiene que ampliarse, ya que lo que es su tarea educadora no puede reducirse a alguna forma de simplismo. Los propósitos, sin desprenderse de lo que tenemos, alejarse de donde estamos, sino haciéndose cargo de ello, tienen que ser los idóneos para ir más allá, para hacer posible que la educación de las nuevas generaciones represente una oportunidad, la de la escuela y la enseñanza,

de enriquecer su inteligencia en el contacto fructífero con la cultura escolar. Una cultura bien seleccionada, relevante, debidamente organizada y dispuesta de forma tal que estimule el pensamiento, la capacidad de razonar, la disciplina mental que es menester para convertir la mera información en conocimiento, los datos en significados, el saber como producto acabado y reproducible en recursos intelectuales para su recreación en los diversos órdenes de la vida social, profesional en su momento, personal y comunitaria siempre.

Tu reclamación de rigor al hablar de la enseñanza y su oficio está, desde luego, plenamente justificada. Tu querencia por la explicación, también. Hay, por cierto, diversas formas de entenderla y de aplicarla. Pero creo que es verdad lo que me atrevo a leerte entre líneas: no podemos seguir pensando en una imagen básicamente artesanal de este oficio. Si tan sólo pudiera ser así, a quienes nos dedicamos a esta ocupación, poco más nos quedaría que imitar a los maestros, buenos o no tanto, que como alumnos tuvimos. O, en otro caso, hacernos a la idea de que no vale la pena esperar otras referencias que las que vayan emanando, como fuere, de la propia experiencia y aprendizajes espontáneos, acaso no despreciables, aunque, de ese modo, ni públicos ni tan contrastados como sería deseable.

Cualquier idea de maestro que aspire a ser defendible, tendrá que seguir poniendo el acento en que este oficio es altamente personal, intuitivo y hasta artístico. Pero, como tantas veces te oí decir, para ser un buen pintor, hay que saber manejar bien el pincel, los colores, la perspectiva y la composición del cuadro. El maestro que desee enseñar algo a los demás, educar a las nuevas generaciones en los derechos y deberes que hemos de compartir viviendo juntos, ha de contar con fundamentos y decisiones razonables para hacer lo que hace, por qué y para qué lo haga. Por eso seguimos dándole vueltas a la idea sempiterna de una sólida preparación intelectual del profesorado. Por ello, no podemos imaginar que en la profesión entren personas que no dominen a fondo, e incluso amen, los contenidos que han de enseñar y conozcan con rigor y sepan orquestar oportunidades y experiencias a sus estudiantes para que aprendan. Sin una sólida formación de base, es difícil esperar que la escuela y los maestros traten la cultura escolar de forma que los estudiantes de ahora –no los de otro tiempo– contacten e interioricen el saber culto que necesitan para entender el mundo, comprenderse a sí mismos y a los demás, así como para que disfruten de lo más preciado del conocimiento y cuenten con los recursos que nos pone a disposición para expresarnos bien, razonar, valorar lo bueno, justo y bello y adoptar a sus criterios razonables nuestros modos de vida.

En tus páginas he visto que sigues dándole vueltas a los procedimientos que aplicamos para decidir quiénes entran a la profesión y a quiénes dejamos fuera. Como dices, seguimos manteniendo las arenas movedizas de la arbitrariedad y manifiesta inconsistencia entre lo que decimos y esperamos del profesorado, lo que le enseñamos y lo que le pedimos que demuestre cuando solicita entrar en el oficio. En los folios inacabados, no tuviste tiempo, acaso tampoco ganas (te oí hablar con distancia, casi escepticismo, de eso que ahora se llama EEES), de entrar como

podías haberlo hecho en la formación que les estamos ofreciendo y deberíamos proveer a los futuros maestros. Otras veces hablamos de la flagrante omisión en la que seguimos manteniendo a la preparación pedagógica del profesorado de nuestros IEs de ahora.

De haber podido entrar en los nuevos planes que se avecinan, seguro que habrías vuelto a reclamar rigor y coherencia. A la hora de pensar con calma sobre cuál ha de ser el tipo de docente que hemos de tener a la vista, así como al revisar nuestros programas y atrevernos a poner sobre la mesa criterios más sensatos para elaborar los nuevos, las decisiones más efectivas para organizar la formación de los futuros maestros de acuerdo con lo que, al menos en teoría, sabemos y predicamos, pero que tan lejos estamos de practicar.

En realidad, tu mensaje de sensatez lo que básicamente nos dice es que no deberíamos pasar por alto que, a fin de cuentas, «cada maestrillo tiene su librillo». Pero también, que no podemos quedarnos ahí, conformistas con las cosas que son, dando por zanjado que, en realidad, no podrían ser de otro modo. Cuando nos dejamos invadir por esquemas de pensamiento tan sólo atados a los hechos que ocurren, mermamos nuestras posibilidades de transformar las cosas, de ayudar a otros para que crezcan. A fin de cuentas, porque de ese modo nos negamos a nosotros mismos, como oficiantes de maestros, la posibilidad y capacidad de crecer, desarrollarnos, de aprender para ayudar a que otros aprendan.

Si es bien cierto que no podremos ir muy lejos en este oficio sin una razón pedagógica que lo fundamente como es preciso, acaso tampoco lo haremos con ella sola, despegada de otras, fría y distante. Saber cómo hacer la enseñanza para que nuestros estudiantes tengan más oportunidades de aprender, es imprescindible. Quedarnos sólo con los métodos, parece, con todo, insuficiente. Hemos de acompañarlos de las finalidades a cuyo servicio los pongamos. Asimismo, de una buena lectura de dónde y cuándo los usamos, y de una elemental actitud y capacidad de ir aprendiendo provechosamente a raíz de las lecciones que su práctica nos pueda ir ofreciendo. He visto, por lo que ahora escribes, aunque en realidad ya lo sabía de antes, que algunas grandes palabras, como, por ejemplo, el profesor investigador, te sonaban, en principio, bien, aunque demasiado expuestas a retóricas huecas. Qué razón tienes: de ése y de otros lemas similares hemos hecho usos y abusos a tiempo y destiempo, sabiendo lo que se decía, a veces, o desconociendo sus verdaderos significados, otras muchas; aprovechando las propuestas como herramientas con las que pensar y hacer el viaje, o queriendo establecer otro régimen de verdad en un quehacer, como el del oficio de enseñar, donde las certezas desmedidas, antes o después, no suelen traer buenas consecuencias, sino sólo jergas.

Hoy contamos con avisos suficientes para tomar buena nota de que el oficio de maestro no se puede ejercer aplicando fórmulas predeterminadas y rígidas, vengan de donde vengan. Que para desempeñarlo con dignidad, quienes a él nos dedicamos, tenemos que encontrarle sentido personal, aceptar sus incertidumbres y esforzarnos en buscar salidas aceptables a los dilemas que nos plantea y que sólo

podemos resolver procurando ser intelectualmente honestos. Es decir, pensando bien lo que hacemos, planteando la relación pedagógica con los más jóvenes de modo integral y aportándoles, por lo tanto, inteligencia, afectos positivos y maduros. También, compromisos éticos, que no tienen nada que ver con la moralina que denuncias, así como una conciencia clara de que, en educación, sobre todo trabajamos con sujetos y personas, no con ideas frías ni con procedimientos de trámite para ir saliendo. Sólo de ese modo, quizás, iremos caminando hasta donde hay que llegar, haciendo al tiempo el camino. No quedando satisfechos con grandes proclamas de un currículo integral, sino infundiendo a las prácticas docentes el espíritu y tacto imprescindible para desarrollar como conviene las mentes de nuestros estudiantes, promover su crecimiento también personal, ayudándoles a descubrir y asumir los valores que son precisos en la vida con los demás, en democracia.

De manera que, al lado de la razón pedagógica que ha de nutrirse del conocimiento elaborado y referentes de buenas prácticas que contribuyan a desarrollar capacidades, por así decirlo, metodológicas, el oficio del maestro también ha de contar y crecer en lo que podemos llamar una razón práctica, reflexiva y juiciosa, atenta a las singularidades de los contextos particulares y de los estudiantes diversos con los que está llamado a relacionarse, a los que sólo puede ayudarles mediante el tacto pedagógico y la escucha atenta a sus necesidades y aspiraciones, sus éxitos o sus dificultades.

El maestro, pertrechado de una razón pedagógica sólida que le ofrezca buenos referentes y prácticas consagradas en su campo de trabajo, una razón juiciosa para usar con sensatez los conocimientos disponibles y la disposición a ir aprendiendo con la experiencia, podrá ejercer mejor su oficio, no sólo en beneficio de sus estudiantes, sino también de sí mismo. Probablemente, así dispondrá de más posibilidades de contribuir a hacer bien lo que tiene entre manos: nada más ni nada menos que ayudar a que sus alumnos se hagan personas cultas y cívicas. De ese modo, podrá vivir su oficio con más sentido de autorrealización, resistir las tentaciones de refugiarse en la impotencia o en la cultura del lamento. Y, desde luego, sostener expectativas fundadas, quizás hasta esperanza, en dejar una huella positiva sobre el presente y el futuro de los niños y jóvenes con quienes pasa tantas horas.

Creo, además, que el oficio de maestro tiene que hacerle un sitio propio a otra razón, de carácter social y político, que ineludiblemente tiene que inspirar su tarea educadora. Hablo de social y político, con sus significados más genuinos, como dos facetas estrechamente relacionadas que constituyen, al lado de otras, la función del magisterio. Político, en su acepción etimológica más radical. Donde, naturalmente, no se excluyen las opciones ideológicas legítimas de partidos, pero que en ningún modo lo agotan ni lo restringen. Política es, a fin de cuentas, cualquier actividad institucional, de profesiones y oficios cuyo desempeño toca de lleno sobre asuntos trascendentales de la polis, de la ciudad, la comunidad, la sociedad en la que vivimos, la que hemos de conservar, al mismo tiempo que ir labrando de acuerdo con valores y principios de una democracia participativa, solidaria y justa.

Desde ese punto de vista, a algunas de nuestras instituciones, como las escuelas, y a algunos de sus ciudadanos, como los maestros, nos corresponde inexcusablemente ser conscientes de ello, encarnar en nuestros modos de hacer y relacionarnos, en los contenidos enseñemos, finalidades y actuaciones que habrán de ser no sólo culturales, humanas y personales, sino simultáneamente políticas. A fin de cuentas, porque en ellas se ejercen sobre las personas ciertas formas de gobierno e influencia que han de ser moralmente legítimas y defendibles. Además, porque tienen el encargo social de hacer sujetos bajo la óptica de ciudadanos. Ciudadanos bien informados y formados, conscientes y responsables, tanto de sus derechos como de sus deberes. De ese modo, la tarea educadora de nuestros centros y docentes no es sólo académica, sino también política y social. No puede ser neutral. Siempre quedará comprometida en la creación del tipo de sociedad y de ciudadanos cuyos derechos han de ser reconocidos y cuya formación ha de orientarse a bien equiparlos para que participen activamente en todo lo que les concierne, en lo que todos necesitamos y hemos de compartir para una buena vida en común, para vivir en un mundo medianamente habitable, más humano y más justo que el actual.

Un horizonte tan amplio y ambicioso como el que acabo de indicar desborda los confines y las posibilidades de nuestras escuelas. Desde ellas, no obstante, también hay que arrimar el hombro, echando mano de nuestras mejores ideas, con decisiones políticas y prácticas coherentes.

Entendido así el oficio de maestro, no es que, al conectarlo con la política y lo social, se le quiera politizar injustificadamente. Es que tiene, querámoslo o no, una veta, en esencia, política y social. En el seno de una sociedad democrática y plural, no hemos de exigir del maestro, como tal, su adhesión a algún credo político en particular; eso formará parte de su libre opción. Pero hay que reclamarle, por cierto, una firme convicción en que el derecho de todo el mundo a la educación es una de las necesidades básicas que hay que proveer y garantizar a todas las personas sin ningún género de distinción. Como se están componiendo las cosas, los individuos que no cuenten con la formación necesaria tendrán muchas más dificultades para vivir con dignidad, para poder llevar una buena vida, para desarrollar las capacidades más específicamente humanas y participar de los bienes y servicios que esta sociedad, aparentemente pródiga, tiene reservados sólo a algunos. Nuestros jóvenes que salen del sistema escolar sin haber logrado los aprendizajes indispensables, son mucho más vulnerables a la marginación o exclusión social. Sus fracasos no sólo son escolares ni en exclusiva de ellos. Puede que, en todo caso, no sean sólo ellos quienes terminen pagando las facturas de su primera experiencia de marginación, sino también la sociedad en su conjunto.

De manera que, sin caer en la tentación de poner sobre sus espaldas cargas titánicas –hemos de tomar nota de tus advertencias al respecto– se puede afirmar que un maestro no ejercerá bien su oficio, si no da cabida dentro de su mente y desempeño a esta otra razón, la que se nutre de criterios de justicia, de imperativos morales y sociales. Sólo quien tenga meridianamente claro que su oficio

concierno a la provisión del derecho y el bien esencial de la educación, que, a su vez, abre las puertas a otros derechos y deberes, estará en condiciones de conferirle a su trabajo el hondo significado humano y social que tiene. Sin ello, ni los mejores métodos ni los juicios más sensatos del maestro encontrarán su norte y el camino adecuado para alcanzarlo.

En fin, compañero, cuánto nos queda por aprender del maestro. Nos has dejado sabios consejos. Los demás tenemos que seguir en el empeño de entender bien sus tareas, de contribuir a que, en lo posible, se equipe con razones diversas, pues cada una de ellas, entrelazada con las demás, son imprescindibles para hacer bien el trabajo educador, realizarlo juiciosamente y orientarlo hacia horizontes cuyo logro redundará beneficiosamente en las personas y en la sociedad.

Ojalá que cada vez nos convenzamos más y actuemos en consecuencia con la certeza esencial de que el oficio del maestro ha de ser tratado con esmero, pues es uno de los resortes más decisivo para hacer avanzar nuestra educación hacia metas todavía mejores que las que, por fortuna, hemos ido consiguiendo hasta el momento. Ojalá que todos le ofrezcamos al maestro el respaldo social que necesita, así como también la solidez intelectual y los propósitos morales que son precisos para dignificar su trabajo, para convertirlo en la punta de lanza de nuestras mejores aspiraciones e ideales humanos y sociales.

Decías que el oficio del maestro es un oficio de palabras. Pues bien, son las palabras y el recuerdo lo que, a fin de cuentas, nos permite traspasar los límites del espacio y del tiempo. Abría esta conversación con una estrofa de Miguel Hernández, deseo escribir otra para dejarla abierta:

Volverás a mi huerto y a mi hoguera:
Por los altos andamios de las flores
Pajareará tu alma colmenera
De angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
De los enamorados labradores.

Para ti, José Luis, y para nuestros compañeros que también marcharon hace poco, José Fernández Huerta y Vicente Ferreres, nuestro recuerdo y nuestro aplauso.